

# EL ENEMIGO DE DIOS

BERNARD CORNWELL

# EL ENEMIGO DE DIOS

Crónicas del Señor de la Guerra II

Traducción de Concha Cardenoso



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Enemy of God (The Warlord Trilogy)*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición impresa: octubre de 2015  
Primera edición en e-book: noviembre de 2019

© Bernard Cornwell, 1996

© Por la traducción de Concepción Cardenoso Sáenz de Miera, 1998

Traducción cedida por Grup Editorial 62, S.L.U., El Aleph Editores

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación, 262, 2ª<sup>a</sup>

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4754-8

Depósito legal: B. 15687-2015

Producido en España

*El enemigo de Dios* está dedicado a Susan Watt,  
su única progenitora

## PRÓLOGO

*El enemigo de Dios* es la segunda novela de la serie Crónicas del Señor de la Guerra, continuación de los acontecimientos descritos en *El rey del invierno*, donde muere Uther, rey de Dumnonia y soberano de Britania, y le sucede su nieto Mordred, un niño tullido. Arturo, hijo bastardo de Uther, es nombrado guardián de Mordred junto con otros hombres y, con el tiempo, se convierte en el más importante de sus protectores. Arturo está dispuesto a cumplir el juramento hecho a Uther, por el que se compromete a poner a Mordred en el trono de Dumnonia cuando alcance la mayoría de edad.

Arturo aspira asimismo a llevar la paz a los reinos britanos, eternamente enfrentados. El conflicto principal tiene lugar entre Dumnonia y Powys, pero cuando a Arturo le ofrecen la mano de Ceinwyn, princesa de Powys, parece que puede evitarse la guerra. Sin embargo, Arturo se fuga con la desposeída princesa Ginebra, ofensa que acarrea años de guerra cuyo fin sólo es posible cuando Arturo derrota al rey Gorfyddyd de Powys en la batalla del valle del Lugg. Entonces hereda la corona de Powys Cuneglas, hermano de Ceinwyn; éste desea la paz entre los britanos tanto como Arturo para, juntos, enfrentarse al enemigo común: los sajones (o saís).

*El rey del invierno*, igual que el presente libro, fue narrado por Derfel (cuya efe se pronuncia como la uve francesa, por ejemplo), un joven esclavo de origen sajón que, criado bajo la protección de Merlín, llega a ser guerrero de Arturo. Arturo lo envía a Armórica (la actual Bretaña francesa), donde participa

en la desdichada defensa del reino britano de Benoic contra los invasores francos. Entre los refugiados bretones que regresan a Britania se encuentra Lancelot, rey de Benoic, a quien Arturo pretende casar con Ceinwyn y sentar en el trono de Siluria. Por otra parte, Derfel está enamorado de Ceinwyn.

El otro amor de Derfel es Nimue, su compañera de la infancia, convertida en ayudante y amante de Merlín. Éste es un druida, caudillo además de la facción britana que desea devolver la isla a sus antiguos dioses, para lo cual se lanza a la búsqueda de la olla, uno de los trece tesoros de Britania, misión que para Merlín y Nimue está antes que cualquier batalla contra otros reinos o invasores. Los cristianos de Britania se oponen a Merlín, capitaneados entre otros por el obispo Sansum, que perdió gran parte de su influencia a raíz de un enfrentamiento con Ginebra. Sansum, caído en desgracia, sirve como abad en el monasterio del Santo Espino de Ynys Wydryn (Glastonbury).

*El rey del invierno* concluye con la victoria de Arturo en la gran batalla del valle del Lugg. El trono de Mordred está a salvo, los reinos del sur de Britania se han aliado y Arturo, a pesar de no ser rey, es la autoridad indiscutible.

## PERSONAJES

ADE	Amante de Lancelot
AELLE	Rey sajón
AGRÍCOLA	Señor de la guerra de Gwent, al servicio del rey Tewdric
AILLEANN	Antigua amante de Arturo y madre de sus dos hijos gemelos, Amhar y Loholt
AMHAR	Hijo bastardo de Arturo
ARTURO	Señor dumnonio de la guerra y protector de Mordred
BALIN	Guerrero de Arturo
BAN	Antiguo rey de Benoic (un reino de la Bretaña), padre de Lancelot y Galahad
BEDWIN	Obispo de Dumnonia, consejero principal del rey
BORS	Primo y paladín de Lancelot
BROCHVAEL	Rey de Powys después de los tiempos de Arturo
BYRTHIG	Edling (heredero de la corona) de Gwynedd y, posteriormente, rey
CADOC	Obispo cristiano con fama de santo, un ermitaño
CADWALLON	Rey de Gwynedd
CADWY	Príncipe rebelde de Isca
CALLYN	Paladín de Kernow
CAVAN	Lugarteniente de Derfel

CEI	Compañero de infancia y después guerrero de Arturo
CEINWYN	Princesa de Powys, hermana de Cuneglas
CERDIC	Rey sajón
CULHWCH	Primo y guerrero de Arturo
CUNEGLAS	Rey de Powys, hijo de Gorfyddyd
CYTHRYN	Magistrado dumnonio y consejero del reino
DERFEL CADARN	El narrador, sajón de nacimiento, guerrero de Arturo y, posteriormente, monje
DIAN	Hija menor de Derfel
DINAS	Druida silurio, hermano gemelo de Lavaine
DIWRNACH	Rey irlandés de Lleyrn, país llamado anteriormente Henis Wyren
EARCHEN	Lancero de Derfel
ELAINE	Madre de Lancelot y viuda del rey Ban
EMRYS	Obispo de Dumnonia, sucesor de Bedwin
ERCE	Madre de Derfel, también llamada Enna
GALAHAD	Príncipe de la perdida Benoic y medio hermano de Lancelot
GINEBRA	Esposa de Arturo
GORFYDDYD	Rey de Powys caído en la batalla del valle del Lugg, padre de Cuneglas y Ceinwyn
GUNDLEUS	Antiguo rey de Siluria, muerto tras la batalla del valle del Lugg
GWENHWYVACH	Hermana menor de Ginebra y princesa de la perdida Henis Wyren
GWLYDDYN	Sirviente de Merlín
GWYDRE	Hijo de Arturo y Ginebra
HELLEDD	Esposa de Cuneglas, reina de Powys
HYGWYDD	Sirviente de Arturo
IGRAINE	Reina de Powys después de los tiempos de Arturo, esposa de Brochvael
ISOLDA	Reina de Kernow, esposa de Mark

IORWETH	Druida de Powys
ISSA	Lancero de Derfel
LANCELOT	Rey exiliado de Benoic
LANVAL	Guerrero de Arturo
LAVAINÉ	Druida silurio, hermano gemelo de Dinas
LEODEGAN	Rey exiliado de Henis Wyren, padre de Ginebra y Gwenhwyvach
LIGESSAC	Traidor exiliado
LOHOLT	Hijo bastardo de Arturo, hermano gemelo de Amhar
LUNETE	Primera compañera de Derfel, dama de Ginebra posteriormente
MAELGWYN	Monje de Dinnewrac
MALAINÉ	Druida de Powys
MALLA	Esposa de Sagramor, sajona
MARK	Rey de Kernow y padre de Tristán
MELWAS	Rey de los belgas, en el exilio
MERLÍN	Druida principal de Dumnonia
MEURIG	Edling (príncipe de la corona) de Gwent y rey posteriormente
MORDRED	Rey de Dumnonia, hijo de Norwenna
MORFANS	<i>El Feo</i> , guerrero de Arturo
MORGANA	Hermana mayor de Arturo, antiguamente, principal sacerdotisa de Merlín
MORWENNA	Hija mayor de Derfel
NABUR	Magistrado cristiano de Durnovaria
NIMUE	Amada de Merlín y suma sacerdotisa
NORWENNA	Madre de Mordred, asesinada por Gundleus
OENGUS	
MAC AIREM	Rey irlandés de Demetia, tierra llamada antiguamente Dyfed
PEREDUR	Hijo de Lancelot y Ade
PYRLIG	Bardo de Derfel
RALLA	Esposa de Gwlyddyn y servidora de Merlín

SAGRAMOR	Comandante nómida de Arturo, señor de Las Piedras
SANSUM	Obispo de Dumnonia y, posteriormente, superior de Derfel en Dinnewrac
SCARACH	Esposa de Issa
SEREN	Segunda hija de Derfel
TANABURS	Druida de Siluria, muerto tras la batalla del valle del Lugg a manos de Derfel
TEWDRIC	Rey de Gwent, padre de Meurig y, más tarde, ermitaño cristiano
TRISTÁN	Edling (príncipe de la corona) de Kernow, hijo de Mark
TUDWAL	Monje novicio de Dinnewrac
UTHER	El difunto rey supremo de Dumnonia, abuelo de Mordred

## LUGARES

Los nombres señalados con un asterisco (\*) son ficticios

ABONA	Avonmouth (Avon)
AQUAE SULIS	Bath (Avon)
BENOIC	Reino de la Bretaña (Armórica), conquistado por los francos
BODUAN	Garn Boduan (Gwynedd)
BROCELIANDE	Reino britano superviviente en Armórica
BURRIUM	Capital de Gwent. Usk (Gewnt)
CAER AMBRA*	Amesbury (Wiltshire)
CAER CARDAN*	South Cadbury (Somerset)
CAER GEI*	Capital de Gwynedd. Norte de Gales
CAER SWS*	Capital de Powys. Caersws (Powys)
CALLEVA	Silchester (Hampshire)
CORINIUM	Cirencester (Gloucestershire)
CWM ISAF	Cerca de Newtown (Powys)
DINNEWRAC*	Monasterio de Powys
DOLFORWYN	Cerca de Newtown (Powys)
DUN CEINACH*	Faro de Haresfield, cerca de Gloucester
DUNUM	Monte de Hod (Dorset)
DURNOVARIA	Dorchester (Dorset)
EL TOR	Pico de Glastonbury (Somerset)
FORTALEZA	
DE ERMID*	Near Street, Somerset
GLEVUM	Gloucester
HALCWM*	Salcombe (Devon)

ISCA, DUMNONIA	Exeter (Devon)
ISCA, SILURIA	Caerleon (Gwent)
LAS PIEDRAS	Stonehenge
LINDINIS	Ilchester (Somerset)
LLOEGYR	Parte de Britania ocupada por los sajones, literalmente: «las tierras perdidas». En galés moderno, <i>Lloegr</i> significa «Inglaterra»
LLYN CERRIG	
BACH	Lago de Little Stones, ahora aeródromo Valley (Anglesey)
MAGNIS	Kenchester (Hereford y Worcester)
NIDUM	Neath (Glamorgan)
PONTES	Staines (Surrey)
RATAE	Leicester
VALLE DEL LUGG*	Cruz de Mortimer (Hereford y Worcester)
VENTA	Winchester (Hampshire)
VINDOCLADIA	Fortificación romana cerca de Wimborne Minster, Dorset
YNYS MON	Anglesey
YNYS TREBES*	Capital perdida de Benoic. Monte San Miguel (Bretaña)
YNYS WIT	Isla de Wight
YNYS WYDRYN*	Glastonbury (Somerset)

PRIMERA PARTE

EL SENDERO TENEBROSO

Hoy he pensado en los muertos.

Es el último día del año viejo. Los helechos del cerro se han tornado marrones, los olmos del otro extremo del valle han perdido las hojas y la matanza invernal de ganado ha comenzado. Esta noche es la vigilia de Samain.

Esta noche, la cortina que separa a los muertos de los vivos tiembla, se deshilacha y finalmente desaparece. Esta noche los muertos cruzan el puente de espadas. Esta noche los muertos llegan desde el otro mundo al nuestro, pero no los vemos. No son más que sombras en la oscuridad, meros susurros del viento en una noche serena, pero aquí están.

El obispo Sansum, el santo varón que gobierna nuestra reducida comunidad de monjes, se burla de tal creencia. Dice que los muertos no tienen cuerpos de sombra ni pueden cruzar el puente de espadas, sino que yacen en sus frías tumbas aguardando el advenimiento triunfal de nuestro Señor Jesucristo. Dice que está bien recordar a los muertos y rezar por su alma inmortal, pero que los cuerpos ya no existen. Se corrompen, los ojos se descomponen, sólo quedan unas cuencas oscuras, los gusanos reducen las entrañas a un líquido infecto y el moho recubre los huesos. El santo insiste en que los muertos no vienen a molestar a los vivos en la noche de Samain, pero esta noche también él se cuidará de dejar una hogaza de pan y un cuenco de agua en el fogón del monasterio. Finge que es un descuido pero, de todos modos, esta noche habrá una hogaza de pan y un cuenco de agua junto al rescoldo de la cocina.

Yo dejaré algo más; una copa de hidromiel y un salmón. Son presentes modestos, pero es todo lo que tengo y esta noche lo dejaré en las sombras, junto al hogar, antes de retirarme a mi celda, donde dará la bienvenida a los muertos que acudan a esta casa fría y perdida en un cerro pelado.

Nombraré a los muertos. Ceinwyn, Ginebra, Nimue, Merlín, Lancelot, Galahad, Dian, Sagramor; ¡tantos son que llenaría de nombres dos pergaminos! Sus pasos no arrancarán un crujido a la madera ni espantarán a los ratones que habitan en el techo de paja del monasterio, pero hasta el obispo Sansum sabe que los gatos arquearán el lomo y bufarán desde los rincones de la cocina cuando las sombras que no son sombras se acerquen al lar a recoger los presentes que las disuadan de hacer el mal.

Así pues, hoy he pensado en los muertos.

Ya soy viejo, quizá tan viejo como llegó a ser Merlín, aunque ni de lejos tan sabio. Creo que el obispo Sansum y yo somos los únicos hombres que quedamos de aquellos días de gloria, y sólo yo los recuerdo con nostalgia. Quizá todavía vivan otros, en Irlanda o en los yermos que hay al norte de Lothian, pero nada sé de ellos; lo que sí sé es que si algún otro vive, esta noche se encogerá como yo ante la oscuridad invasora, igual que los espectros de esta noche intimidan a los gatos. Todo lo que un día amamos ha sido destruido; todo lo que construimos ha sido derruido y todo lo que sembramos lo han cosechado los sajones. Los britanos nos refugiamos en las tierras altas del oeste y hablamos de venganza, pero no existe espada capaz de desafiar a las tinieblas. Son muchos los momentos en que todo cuanto deseo es reunirme con los muertos. El obispo Sansum aplaude este deseo y dice que es loable mi anhelo de estar en el Cielo a la derecha del Señor, pero yo no creo que alcance el paraíso de los justos. He pecado mucho y temo merecer el infierno, pero aún espero, en contra de mi fe, que mi destino sea el otro mundo. Allí, bajo los manzanos de Annwn, la fortaleza de las cuatro torres, me aguarda una mesa rebosante de viandas a la que se

sientan todos mis viejos amigos. Merlín engatusará a todos con sentencias, protestas y burlas, Galahad reventará de ganas de interrumpirle y Culhwch, aburrido de tanta cháchara, se hará con un gran pedazo de carne creyendo que nadie lo ha visto. También Ceinwyn estará allí, mi amada y adorable Ceinwyn, poniendo paz en el tumulto provocado por Nimue.

Mas aún debo soportar la maldición de seguir respirando. Vivo mientras mis amigos celebran un festín permanente, y en tanto, escribo la historia de Arturo. La escribo por mandato de la reina Igraine, la joven esposa del rey Brochvael de Powys, protector de nuestro humilde monasterio. Igraine deseaba conocer cuanto yo recordara de Arturo y así fue como emprendí la escritura de este relato que el obispo Sansum desaprueba. Dice que Arturo era el enemigo de Dios, un engendro del diablo, y por eso las escribo en sajón, mi lengua materna, que el santo no comprende. Igraine y yo le hemos dicho que estoy copiando el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo en la lengua del enemigo, y a lo mejor nos cree, pero también puede ser que espere la oportunidad de probar el engaño para castigarme después.

No pasa un día sin que escriba. Igraine visita el monasterio con frecuencia para rogar a Dios que bendiga su vientre con un hijo y, una vez hechas sus plegarias, recoge los pergaminos escritos y los manda traducir al britano al escribano del tribunal de justicia de Brochvael. Tengo para mí que cambia la historia para adecuarla más al Arturo de sus deseos, sin respetar el que realmente fue, pero ¿qué importa, si nadie ha de leer esta historia? Soy como aquel que levanta un muro de barro y zarzo para protegerse de una inundación inminente. La oscuridad será completa cuando nadie lea. Sólo quedarán sajones.

Escribo acerca de los muertos y así pasa el tiempo, hasta que me reúna con ellos; llegará el día en que el hermano Derfel, el humilde monje de Dinnewrac, vuelva a ser lord Derfel Cadarn, Derfel el poderoso, paladín de Dumnonia y estimado amigo de Arturo. Pero hoy por hoy no soy más que un viejo

monje aterido de frío que garabatea sus memorias con la única mano que le queda. Esta noche es Samain y mañana comienza un nuevo año. El invierno ya está aquí. La hojarasca forma remolinos de vivo color al pie de los setos, se ven malvises entre los rastros, las gaviotas han volado tierra adentro desde el mar y las chochas se reúnen bajo la luna llena. Igraine dice que la estación es propicia para escribir sobre cosas pasadas, y me ha traído nuevos pergaminos, un frasco de tinta recién mezclada y un manojito de plumas. Me pide que le hable de Arturo, del Arturo glorioso, nuestra mayor y última esperanza, nuestro rey que nunca lo fue, el enemigo de Dios, el azote de los sajones. «Háblame de Arturo.»

\* \* \*

El campo después de la batalla es una visión terrorífica.

Habíamos ganado pero no había júbilo en nuestro espíritu, tan sólo agotamiento y alivio. Ateridos, nos reunimos en torno a la lumbre intentando no pensar en los espectros y fantasmas que poblaban la oscuridad en que yacían los muertos del valle del Lugg. Algunos durmieron, pero las pesadillas de la batalla nos impedían descansar. Me desperté en plena noche, sobresaltado por el recuerdo de la lanzada que tan cerca había estado de destrozarme el vientre. Issa me salvó desviando la pica enemiga con el canto del escudo, pero me perseguía el recuerdo de lo que había estado a punto de ocurrir. Intenté conciliar el sueño, pero la imagen de aquella embestida me mantenía despierto y finalmente me levanté, agotado y tiritando, y me eché el manto por los hombros. El valle estaba iluminado por hogueras mortecinas y en la oscuridad que reinaba entre las llamas flotaba una mezcla de humo y niebla del río. Algo se movía entre la bruma, pero no habría podido decir si eran fantasmas o seres vivos.

—¿No concilias el sueño, Derfel? —me habló una voz susurrante que provenía del pórtico del edificio romano en el que

yacía el cuerpo del rey Gorfyddyd. Me giré y vi que Arturo me miraba.

–No concilio el sueño, señor –admití.

Se abrió camino entre los guerreros dormidos. Llevaba un manto blanco, tan de su gusto, que parecía brillar a la luz de las fogatas. No se apreciaba rastro de barro ni de sangre y pensé que debía de haberlo guardado aparte para tener algo limpio que ponerse después de la batalla. A los demás no nos habría importado acabar desnudos con tal de conservar la vida, pero Arturo siempre fue meticuloso. Llevaba la cabeza descubierta y su cabellera todavía mostraba las marcas del casco allí donde éste se ceñía al cráneo.

–Nunca duermo bien tras la batalla, por lo menos durante una semana. Pero al fin me es concedida la bendición de una noche de descanso –dijo y, sonriendo, añadió–: Estoy en deuda contigo.

–No, señor –repliqué, aunque en verdad lo estaba. Sagramor y yo habíamos resistido en el valle del Lugg durante todo el día, luchando en la barrera de escudos contra una vasta horda de enemigos, y Arturo no había acudido en nuestra ayuda. Finalmente, llegaron refuerzos, y con ellos la victoria, pero de todas las contiendas de Arturo, la del valle del Lugg era la que más cerca había estado de acabar en derrota. Hasta aquel día.

–Tendré presente mi deuda –prosiguió con voz entrañable–, aun si tú la olvidas. Ha llegado el momento de enriquecerte, Derfel, a ti y a tus hombres.

Sonrió, me puso la mano en el hombro y me condujo hacia un claro donde nuestras voces no perturbaran el inquieto sueño de los guerreros que yacían al amor de las humeantes fogatas. La tierra estaba húmeda y la lluvia se encharcaba en las profundas cicatrices hechas en la tierra por los cascos de los imponentes caballos de Arturo. Me preguntaba si los caballos tendrían pesadillas de guerra y si los muertos, recién llegados al otro mundo, todavía se estremecerían con el recuerdo del man-

doble o la lanzada que había enviado su espíritu a cruzar el puente de espadas.

–Supongo que Gundleus está muerto –dijo Arturo interrumpiendo mis pensamientos.

–Muerto, señor –confirmé. El rey de Siluria había perecido poco después del anochecer, pero yo no había visto a Arturo desde el momento en que Nimue arrancara la vida a su enemigo.

–Oí sus alaridos –dijo Arturo con voz neutra.

–Se habrán oído por toda Britania –respondí con pareja indiferencia.

Nimue le había arrancado su negro espíritu recreándose en la venganza contra el hombre que la había violado y la había privado de un ojo.

–Así pues, Siluria necesita un rey –dijo Arturo, y miró al fondo del largo valle, donde unas figuras negras se movían entre la niebla y el humo. Las sombras que proyectaban las llamas en su rostro rasurado le hacían aparecer demacrado. No era un hombre de bellas facciones, ni tampoco feo. Su rostro era en cierto modo singular: alargado, huesudo y fuerte. En reposo tenía un aire triste que expresaba compasión y sabiduría, pero en cuanto entraba en conversación se animaba, se entusiasmaba y se mostraba pronto a la sonrisa. Todavía era joven por aquel entonces, había cumplido treinta años y el gris aún no plateaba su corta cabellera.

–Vamos –dijo tocándome el brazo y señalando al fondo del valle.

–¿Deseáis pasear entre los muertos? –Retrocedí atemorizado. Nunca me habría aventurado lejos de la protección del fuego sin esperar a que la aurora se llevara a los espectros.

–Fuimos nosotros quienes los matamos, Derfel, tú y yo, así que deberían ser ellos quienes nos temieran. –Nunca fue supersticioso, al contrario que todos nosotros, que buscábamos bendiciones, atesorábamos amuletos y andábamos siempre al

acecho de presagios que nos avisaran de los peligros. Arturo se movía por el mundo de los espíritus como lo haría un ciego—. Vamos —me apremió, tocándome de nuevo el brazo.

Nos adentramos en la oscuridad. No todos los seres que yacían entre la bruma estaban muertos; algunos pedían ayuda con voz lastimera, pero Arturo, que siempre hacía honor a la piedad, desoyó los débiles lamentos. Pensaba en Britania.

—Mañana parto hacia el sur, a visitar a Tewdric —me confió.

El rey Tewdric de Gwent era aliado nuestro, pero se había negado a enviar hombres al valle del Lugg, convencido de que la victoria era punto menos que imposible. El rey estaba en deuda con nosotros, pues habíamos librado la batalla en su nombre, pero Arturo no era rencoroso.

—Voy a pedirle que envíe hombres al este para contener a los sajones, pero también mandaré a Sagramor. Tiene que bastar con eso para defender la frontera durante el invierno. Tus hombres —añadió con una breve sonrisa— bien merecen un descanso.

—Están a vuestras órdenes —respondí prestamente, aunque la sonrisa me hizo comprender que no habría tal descanso. Yo caminaba muy rígido, temeroso de las sombras circundantes, haciendo gestos sin cesar con la mano derecha para ahuyentar el mal. Algunos espíritus recién separados del cuerpo no encuentran la entrada al otro mundo y vagan por la tierra en busca de sus antiguos cuerpos, deseosos de vengarse de sus verdugos. Aquella noche en el valle del Lugg abundaban los espíritus perdidos y yo estaba aterrorizado, pero Arturo, indiferente al peligro, paseaba despreocupado por el campo sembrado de muertos, con el manto arremangado en una mano para evitar que se ensuciara de barro y hierba húmeda.

—Quiero a tus hombres en Siluria —dijo en tono concluyente—. Oengus Mac Airem se dispondrá a saquearla pero es preciso ponerle freno.

Oengus, rey irlandés de Demetia, había cambiado de bando en la batalla y había hecho posible la victoria de Arturo, pero

el precio exigido por el irlandés era participar en el botín de esclavos y oro del reino del desaparecido Gundleus.

Le corresponden cien esclavos y un tercio del tesoro de Gundleus, tal como hemos acordado, pero aun así, intentará engañarnos.

–Me aseguraré de que no sea así, señor.

–No, tú no. ¿Dejarías que Galahad condujera a tus hombres?

Asentí ocultando la sorpresa.

–¿Qué esperáis de mí en tal caso? –pregunté.

–Siluria es un problema –murmuró sin responderme. Se detuvo y frunció el ceño pensando en el reino de Gundleus–. Ha estado mal gobernada, Derfel, muy mal gobernada. –Hablaba con profundo desagrado. Para el común de los mortales, la corrupción del gobierno era tan natural como la nieve en invierno o las flores en primavera, pero a Arturo le indignaba realmente. Ahora evocamos el recuerdo de Arturo como el señor de la guerra, el prohombre cubierto con su brillante armadura que convirtió a su espada en leyenda, pero a él le habría gustado ser recordado simplemente como un buen caudillo honrado y justo. La espada le confería poder, pero él prefería ceder su poder a la justicia–. No es un reino importante, pero será origen de conflictos sin fin si no ponemos orden. –Pensaba en voz alta, intentando prever cualquier obstáculo que pudiera interponerse entre aquella noche victoriosa y su sueño de una Britania unida y pacificada–. La solución idónea sería dividirlo entre Gwent y Powys.

–¿Por qué no hacerlo así, entonces? –pregunté.

–Porque he prometido Siluria a Lancelot –respondió en un tono que no admitía discusión. En silencio, rocé el pomo de *Hywelbane* para que el hierro me protegiera de los peligros de la noche y miré hacia el mediodía, hacia la barricada de troncos tras la que mis hombres habían luchado durante toda la jornada y en la que yacían los muertos como un riachuelo de la marea.

Habían participado muchos valientes en aquella batalla, pero Lancelot no se contaba entre ellos. A lo largo de tantos años como llevaba luchando por Arturo y a lo largo de los años que hacía que conocía a Lancelot, aún no lo había visto en una barrera de escudos. Lo había visto perseguir a fugitivos derrotados y conducir una columna de prisioneros desfilando ante la turba excitada, pero nunca en la fragorosa, dura y sudorosa embesitada de la barrera de escudos. Era el rey exiliado de Benoic, destronado por la horda de francos que, procedentes de la Galia, habían sumido el reino de su padre en el olvido y ni una sola vez de que pudiera yo dar fe había esgrimido una lanza contra una banda de guerreros francos; aun así, los bardos cantaban su valentía a lo largo y ancho de Britania. Era Lancelot, el rey sin tierra, el héroe de batallas sin número, la espada de los britanos, el bello señor de las desgracias, el ejemplar, y tan alta reputación se había forjado a golpe de canciones, pero nunca, que yo supiera, con la espada. Yo era su enemigo, y él, el mío, pero compartíamos ambos la amistad de Arturo y por tal amistad manteníamos nuestro encono a raya en una incómoda posición.

Arturo estaba enterado de mi aversión. Me tocó el hombro y avanzamos juntos hacia el montón de muertos de la barrera.

—Lancelot es amigo de Dumnonia —insistió—; si reina en Siluria, no tendremos nada que temer, y si desposa a Ceinwyn, tendrá asimismo el apoyo de Powys.

Quedaba dicho, pero mi aversión bullía de ira, y ni aun entonces me opuse a los planes de Arturo. ¿Qué podía alegar? Yo era hijo de una esclava sajona, un joven guerrero con hombres a su cargo pero sin tierras, y Ceinwyn era princesa de Powys. Había merecido el apelativo de *seren*, la estrella, y brillaba en una tierra apagada como un fragmento de sol en el barro. Había sido prometida a Arturo, pero éste la abandonó por Ginebra; tal fue el origen de la guerra que había concluido aquel mismo día con la matanza del valle del Lugg. Entonces, en aras de la paz,

Ceinwyn tenía que casarse con Lancelot, mi enemigo, aunque yo, un ser insignificante, me hubiera enamorado de ella. Llevaba prendido su broche, y su imagen grabada en el pensamiento. Un día juré protegerla, ella no despreció el juramento y, al aceptarlo, me hizo concebir la necia esperanza de que mis deseos no fueran imposibles, pero lo eran. Ceinwyn, una princesa, tenía que casarse con un rey, y yo no era sino un simple guerrero nacido de una esclava y me casaría con quien pudiera.

Así pues, nada dije de mi amor por Ceinwyn, y Arturo, que en la noche de su gran victoria pensaba en el destino de Britania, nada sospechó. Ni había razón para que lo hiciera. Si le hubiera confesado mi amor por Ceinwyn habría considerado mis aspiraciones tan insultantes como si un gallo de corral intentara aparearse con un águila.

—Conoces a Ceinwyn, ¿no es cierto?

—Así es, señor.

—Y ella os aprecia —afirmó para que se lo corroborara.

—Me atrevo a pensar que sí —respondí con sinceridad, dividido entre el recuerdo del bello rostro de Ceinwyn, blanco como la plata, y la aversión que me inspiraba la idea de que fuera entregado a la custodia de Lancelot el hermoso—. Me aprecia lo suficiente —continué— como para confiarme el poco entusiasmo que siente por ese matrimonio.

—¿Por qué debería sentirlo? No conoce a Lancelot. No espero entusiasmo de su parte, Derfel, tan sólo obediencia.

Dudé. Antes de la batalla, cuando Tewdric deseaba desesperadamente poner punto final a la guerra que amenazaba con arruinar su reino, hube de visitar a Gorfyddydd en misión de paz. Fue un fracaso, pero también fue la ocasión de hablar con Ceinwyn y comunicarle las esperanzas de Arturo en sus esponsales con Lancelot. No rechazó la idea pero tampoco se alegró. En aquellos momentos, de todos modos, nadie creía capaz a Arturo de derrotar al padre de Ceinwyn, pero ella tuvo en cuenta tal posibilidad remota y me pidió que transmitiera a Arturo

su deseo de ponerse bajo su protección en caso de que ganara. Perdidamente enamorado, lo interpreté como un ruego de que no la obligaran a contraer un matrimonio no deseado.

Entonces, le dije a Arturo que Ceiwnyn solicitaba su protección.

–Señor, son ya muchas las veces que ha estado prometida –añadí– y ha sufrido otras tantas decepciones; creo que desea permanecer sola por un tiempo.

–¡Tiempo! –rió–. No le queda tiempo, Derfel. ¡Pronto cumpliré los veinte! No puede permanecer soltera como gato que no caza ratones. ¿Con qué otro se casaría? –Dio unos pasos en silencio–. Cuenta con mi protección, pero ¿qué mejor protección que casarse con Lancelot y ascender al trono? –prosiguió en un tono menos jocoso, y de pronto me espetó–: ¿Y qué hay de ti?

–¿De mí, señor? –respondí sobresaltado, creyendo por un momento que me proponía que me casara con Ceinwyn.

–Tienes casi treinta años –dijo–. Es tiempo de que te cases, y lo arreglaremos tan pronto como regresemos a Dumnonia, pero por el momento quiero que vayas a Powys.

–¿Yo, señor? ¿A Powys? –Acabábamos de combatir y vencer al ejército de Powys y no había duda de que nadie allí daría la bienvenida a un guerrero enemigo.

–Derfel, lo más importante en las próximas semanas –me explicó cogiéndome del brazo– es que Cuneglas sea proclamado rey de Powys. Está convencido de que nadie le ha de disputar el trono, pero deseo asegurarme. Quiero que uno de mis hombres esté presente en Caer Sws como testimonio de nuestra amistad. Nada más. Sólo pretendo que cualquier aspirante a su trono sepa que tendría que enfrentarse no sólo con Cuneglas, sino también conmigo. Tu presencia como amigo de Cuneglas no dejará lugar a dudas.

–En tal caso, ¿por qué no enviar cien hombres? –pregunté.

–Porque parecería que tratamos de imponer a Cuneglas en el trono de Powys y no nos conviene. Necesito conservar su

amistad y no quisiera que volviera a Powys como vencido. Además –sonrió–, Derfel, vales por un centenar de hombres, y así lo demostraste ayer.

Fruncí el ceño, incómodo como siempre ante las alabanzas excesivas, pero si tal misión significaba que era el hombre adecuado para representar a Arturo en Powys, me alegraba, pues tendría ocasión de acercarme a Ceinwyn otra vez. Guardaba celosamente el recuerdo del roce de su mano en la mía, como el broche que me había regalado tantos años atrás. Me dije que Lancelot no la había desposado todavía. Todo cuanto deseaba era una oportunidad para recrearme en mis quimeras.

–Y una vez que Cuneglas sea proclamado rey –pregunté–, ¿qué debo hacer?

–Esperarme –respondió–. Me dirigiré a Powys en cuanto me sea posible y, cuando hayamos resuelto los acuerdos de paz y Lancelot se haya prometido formalmente, volveremos a casa. El año próximo, amigo mío, llevaremos a los ejércitos britanos a la guerra contra los sajones –dijo con un regocijo desacostumbrado en lo tocante a asuntos de guerra. Era un buen guerrero, e incluso disfrutaba de las emociones desatadas que la batalla proporcionaba a su espíritu, tan prudente de ordinario, pero nunca favorecía la guerra si la paz era posible, pues desconfiaba de las incertidumbres de la batalla. Los caprichos de la victoria y la derrota eran impredecibles y a Arturo le disgustaba que el buen orden y la prudencia diplomática quedaran a merced de los avatares de la guerra. Pero la diplomacia y el tacto nunca derrotarían a los invasores sajones, que se adentraban sin cesar hacia el oeste por toda Britania como una plaga de gusanos. Arturo soñaba con una Britania en paz, gobernada por la ley y el orden, y los sajones no formaban parte de su sueño.

–¿Partiremos en primavera, señor? –le pregunté.

–Cuando broten las primeras hojas.

–En tal caso, antes quisiera pedirlos una gracia.

–Habla –respondió, satisfecho de que pidiera algo por haberle ayudado a conseguir la victoria.

–Deseo acompañar a Merlín, señor –dije.

Tardó en responder. Se quedó mirando la hoja completamente doblada de una espada caída en la tierra húmeda. En algún punto indeterminado en la oscuridad, un hombre gemía, luego lloraba y después enmudeció.

–La olla –dijo finalmente Arturo con pesadumbre.

–Sí, señor –respondí. Merlín había acudido a nosotros durante la batalla con la intención de que ambos bandos pusiéramos fin al enfrentamiento y le siguiéramos a una expedición en busca de la olla de Clyddno Eiddyn. La olla era el más preciado tesoro de Britania, el regalo mágico de los dioses antiguos, y hacía siglos que se había perdido. Merlín había dedicado su vida a recuperar los tesoros de Britania y la olla era su principal objetivo. Si conseguía encontrarla, nos dijo, devolvería Britania a sus verdaderos dioses.

–¿De verdad crees que la olla de Clyddno Eiddyn ha estado escondida todos estos años? ¿Durante todos los años de dominación romana? Se la llevaron a Roma, Derfel, y la fundieron para fabricar alfileres, broches o monedas. ¡No existe tal olla!

–Merlín afirma lo contrario, señor –insistí.

–Merlín da crédito a habladurías de viejas –respondió Arturo con rabia–. ¿Sabes a cuántos hombres pretende llevarse?

–No, señor.

–Ochenta, me dijo. O un centenar. O, mejor aún, ¡doscientos! Ni siquiera consiente en decir dónde está la olla, sólo quiere que le confíe un ejército para llevárselo a tierras salvajes. A Irlanda, o al desierto quizá. ¡No! –Le dio una patada a la espada torcida y me hundió con fuerza el dedo en el hombro–. Presta atención, Derfel. Preciso hasta la última lanza que logre reunir para el año próximo. Vamos a acabar con los sajones de una vez por todas y no puedo prescindir de ochenta o cien hombres para que busquen un caldero que desapareció hace cerca de qui-

nientos años. Cuando los sajones de Aelle sean derrotados, ve tras ese sinsentido si no te queda más remedio. Pero te aseguro que es una necedad. No existe tal olla.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia las hogueras. Le seguí deseoso de discutir con él aunque sabía que nunca lo persuadiría, pues era cierto que no podía prescindir de ninguna espada si se proponía derrotar a los sajones y no daría ningún paso que fuera en detrimento de sus posibilidades de éxito en primavera. Me sonrió como si deseara compensar la dureza con que había rechazado mi petición.

—Si tal marmita existe, no importa que permanezca oculta uno o dos años más. Pero entretanto, Derfel, quiero enriquecerte. Te casaremos con una rica heredera —dijo dándome una palmada en la espalda—. Será la última campaña, mi estimado Derfel, la última gran matanza, y entonces tendremos paz. Verdadera paz, y no harán falta pucheros mágicos —concluyó en tono exaltado. Aquella noche, entre los muertos, en verdad veía la paz aproximarse.

Caminamos hacia las hogueras que rodeaban la casa romana en la que el padre de Ceinwyn, Gorfyddyd, yacía muerto. Arturo estaba exultante, se sentía realmente feliz viendo que su sueño se convertía en realidad. Una guerra más y, luego, la paz por los siglos de los siglos. Arturo era nuestro señor de la guerra, el más grande guerrero de Britania y, sin embargo, en la noche siguiente a la batalla, entre los lamentos de los espíritus de los muertos envueltos en humo, lo único que deseaba era la paz. El heredero de Gorfyddyd, Cuneglas de Powys, compartía el sueño de Arturo. Tewdric de Gwent era nuestro aliado, Lancelot recibiría el reino de Siluria y los reyes de Britania unidos, junto con el ejército dumnonio de Arturo, derrotarían a los invasores sajones. Mordred, bajo la protección de Arturo, alcanzaría la mayoría de edad, sería proclamado rey de Dumnonia y Arturo se retiraría a disfrutar de la paz y la prosperidad que su espada había de proporcionar a Britania.